

## Verano de 1985

Autor: El pintor de versos.

Categoría: Varios / otros

Publicado el: 17/06/2014

---

...verano de 1985.

Sin trabajo desde hacía unos meses, ligero de equipaje, decidí irme a Italia de excursión. A las pocas semanas, cansado de cultura, de historia, de piedras, de paisajes de ciudad, de pizzas y ya sin dinero...decidí regresar por la playa, caminando, desde Roma hasta mi casa, en el sur, entonces en Málaga.

Descalzo casi siempre, mochila a cuestas, pantalón corto, sombrero de paja al techo, sin afeitarse, bastón de madera en mano y a caminar.

Iba sin guía, mi brújula era el sol, mi camino hacia el sur...no había pérdida posible, siempre bordeando el mar, me detenía donde me apetecía, casi siempre una playa guarnecida de los vientos dominantes...una fuente de agua potable cerca...lejos los humanos...y si encontraba un huerto con comida en mi camino era un hombre feliz y agradecido.

Ya no recuerdo el nombre ni el lugar...o no me quiero acordar, porque prefiero no volver a él y mantener mis recuerdos vivos y sin adulterar de lo que fueron unos días maravillosos en un paradisíaco lugar...

Mi camino entre los pinos me acercaba al mar, ellos también debían querer verlo pues prácticamente llegaban hasta la playa...era ya casi de noche...monté mi pequeña tienda de campaña, en la que apenas cabía yo y mi mochila y de no más de medio metro de alto, de color

verde, para pasar desapercibida....aunque no siempre se conseguía.

Donde comenzaba a oírse el rumor de las olas...

allí me preparé un té de sobre sin azúcar, que no tenía, contemplé las estrellas...me dejé abrazar por los sonidos del mar...y me dormí...

Al alba, con el trinar de los mas madrugadores inquilinos de los pinos, aun con un poco de frío...me puse mis sandalias de cuero y suela de caucho, había dormido con los vaqueros recortados a la altura de las rodillas y mi camiseta de algodón preferida....y me fui a reconocer el terreno, como debe hacerse en estos trances...

Había llegado a una hermosa playa, casi una cala, de aguas transparentes, solitaria a esas horas de la mañana, quien sabe en el fin de semana...no ví ni rastro de fuentes, nada de agua, ni duchas, ni papeleras...nada.

Avancé, ya descalzo, por la arena llena de conchas y de todo lo que no quiere el mar...hacia el sur...y, para mi sorpresa, encontré una hermosa playa....nudista.

No me lo pensé dos veces, fui a recoger mi campamento , dejado entre los pinos...y me instalé en la parte mas al norte de aquel paraíso recién descubierto.

Debo reconocer, sirenas, amigas...que era la primera vez que recalaba en un sitio así, había visto algún cartel por el camino...pero jamás, hasta entonces, se me ocurrió plantar mi tienda en uno de aquellos lugares, iría derecho al infierno.

Como españolito educado con los curas, a la antigua, con un sentido del ridículo...espantoso, tímido y vergonzoso casi siempre, decidido y valiente cuando la ocasión lo merecía...sentía mucho pudor...pero decidí, bendita elección, que no quería ser un textil mirón.. así que por primera vez en mi vida y con treinta y tres años..por dios...que vida llevaba...me convertí en uno más de los adanes que enseñaban sus vergüenzas en semejante paraíso.

Los primeros días apenas me deje ver por la parte mas concurrida, cerca del chiringuito...sería pudor o escozor...porque mi culo nunca había tomado tanto el sol...a base de horas, de alguna ampolla, de agua de mar...fui poniendo moreno en mi totalidad.

Mantuve parte de mi timidez y no acostumbraba a pasear mis tres piernas entre tantas féminas, me dedicaba mas a nadar, a bucear, a recoger algún molusco para alimentarme...por las mañanas temprano me llegaba hasta unas masías que de todo tenían...y después de saltar sus vallas y hacer oídos sordos a los perros...con un miedo que te cagas...recogía mi cosecha de tomates, ensaladas, pepinos...de todo lo que se comía...tomaba prestado un poco.

Llegado a mi tienda...empezaba un ritual, para el almuerzo, de mas de media hora...partiendo, en múltiples cachitos, un humilde tomate, con una precisión de cirujano...aliñándolo con una pizquita de sal y un suspiro de aceite, guardado en un frasquito como quien guarda oro en líquido, nada de vinagre, ni pan...si acaso un trozo del duro o a empujar con los dedos.

Debía, creo, tener aspecto de un gran loco solitario y famélico, cual Don Quijote...había adelgazado bastante y aunque estaba sano y fuerte.... y el ejercicio continuo de mi peregrinaje había hecho asomar las olvidadas chocolatinas de mis años de deporte en la universidad....mi cara y mi culo debían de ser un poema , no me encontraba mal pero no podía ver muy bien mi aspecto el espejo que tenía apenas medía cuatro dedos.

Sea por lo que fuere, que nunca lo sabré, en una de esas comidas dignas de el mejor de los eremitas...se me acercaron dos sirenas hablándome en francés...idioma que, a dios gracias, hablo con buen acento de Beziers...y me invitaron a ir con ellas a tomar un café a su tienda...y acepté.

Supongo que apiadándose de mis escasas provisiones...y de verme comer lapas a montones...al llegar a su morada me obsequiaron

como postre a mi tomate...con un buen surtido de quesos tiernos y franceses, con pan recién comprado regando el gazzate con un vino tinto peleón enfriado en el mar...que me supo a gloria bendita, solo faltó la gaseosa...

Eran dos bellas señoras, sirenas...como vosotras, muy hermosas, morenas...de no mas de treinta

años, cada una, bien equipadas en su delantera...moldeadas con curvas que aún me marean,  
pieles tostadas con muchos días al sol,

cabellos cortos, ojos alegres, manos pequeñas...

Allí, en bolas, tomando queso, sombra, vino y sol...hablando en gabacho de la vida...enseñandoles  
alguna palabra divertida en español...bebiendo, charlando, bebiendo...

Y se fué poniendo el sol.

Tarde interesante...estómago saciado para unos cuantos días...vino a discreción...que me  
desinibía.... a mi y a ellas.

Nos dimos un baño, nadamos en competición hasta las rocas mas cercanas...jugamos en el agua  
y en la playa como tres amigos que se conocen desde la infancia...

Estaba mojado, lleno de arena...feliz.

Me cogieron de la mano, cada una por un lado...y me llevaron a su tienda...decididas.

Os ahorraré detalles, sirenas...si acaso otro día os los cuento...pero debeis saber que ni en mis  
mas atrevidos sueños tuve la osadía de soñar que algo como aquello me podía a mi pasar...ni  
siquiera en el cielo.

Horas de amor...de piel que quiere piel...de labios que besan cada rincón...que juegan junto al  
mar...que saborean cada ola...cada grano de su sal...almas que olvidan sus penas...cuerpos que  
se entremezclan...placer...dar y recibir caricias...cariño...una pasión almacenada... por fin liberada  
de unos cuerpos...

Así debió ser el templo de Venus.

Por la mañana me fuí a nadar..las dejé en su colchón...dormían abrazadas como deben de dormir dos hermanas...o dos amigas del alma.

Al volver desde mis dominios de pesca...ya no estaban...al llegar a mi tienda encontré en una bolsa los restos de su nevera...queso, embutidos, pan, latas, algo de vino...

y para mi sorpresa...

un billete de mil...

envuelto en un papel...

que solo decía...

¡¡Merci!!

Al día siguiente, recogí mis cosas y me fuí.

---

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [El pintor de versos.](#)

Más relatos de la categoría: [Varios / otros](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)